2. Además, el dolor puede conducir a que la persona se eleve, sea más dueña de sí: gane libertad. El dolor eleva al hombre por encima de sí mismo —como describe C. S. Lewis[77]— más allá de sus caprichos y deseos, nos libera de la voluntad insumisa al amor. Y en este sentido nos redime, nos salva de nuestro egoísmo y ceguera. Nos abre a la comprensión del hermano que sufre, a la misericordia y la solidaridad.

3. Por último, podemos vivir el dolor dotándolo de sentido. Esto ocurre solo si puedo sufrir por un algo o por un alguien[78]. Mis sufrimientos son 'convertidos' en medios para hacer felices a las personas amadas. Los motivos para aguantar el dolor son claves: una madre que sufre por su hijo, por ejemplo. El dolor por alguien, por amor, puede alcanzar la vivencia del **sacrificio**, mostrando el poder del amor para llenar el vacío del dolor dando el sentido de la entrega. Así, paradójicamente, el dolor se convierte en ocasión de máxima libertad y realización.



También en el dolor, nuestra finitud y limitación muestran que amar implica exponerse a sufrir, que el sufrimiento es precio del amor. Amar es correr el riesgo de que el mal del amado, o su ausencia o su traición nos hieran. Creo que en este punto hay una verdad más radical que supera nuestra capacidad filosófica y que vislumbramos en ese Dios que en Cristo se ha hecho carne capaz de sufrir por su amor eterno hacia nosotros. Toca al teólogo pensar en la imagen y la semejanza que la amorosidad doliente del hombre refleja.

Desde Cristo existe la posibilidad de dar sentido al dolor que aparece en nuestra vida. Para el creyente la unión con Cristo puede extender el sentido redentor del dolor de la Cruz a todos sus dolores personales. Los griegos veían como necesario, como un *fatum* ante el cuál sólo cabe sobrellevarlo con *ataraxia*. El cristianismo no es así, lucha contra el dolor con todos los medios legítimos disponibles, pero cuando éste aparece con su irremediabilidad no huye hacia el absurdo ni la resignación, pues tiene el poder de darle sentido. Esta oferta es vital para nuestra sociedad. La experiencia del cristiano que sufre manifiesta el poder de un Cristo sufriente que se acerca a él, pero si seguimos esta línea sobrepasamos los límites de la filosofía. Hágalo, continúe esta reflexión, pero sabiendo que es ya reflexión desde y en la fe. Si puede lea *Salvifici Doloris* de Juan Pablo II.

77. C. S. LEWIS, *El problema del dolor* (Rialp, Madrid 1994) p. 114. La película *Tierras de penumbra* aborda el contexto existencial en que surgió esa reflexión: la muerte por cáncer de la persona amada por Lewis.
78. V. FRANKL, *El hombre doliente* (Herder, Barcelona 1987) p. 258.

III. El hombre y el mal moral: el misterio de la iniquidad

Si bien es cierto que el mal físico y el dolor están siempre en la vida de los hombres con su misterio; no es menos cierto que un misterio de similar hondura late en el origen del mal moral, del mal que los hombres nos infringimos unos a otros abriendo espacio al establecimiento de mal en la historia y en el mundo.

La persona es intrínsecamente moral, tiene una dimensión ética esencial que no puede obviar, los rasgos de la acción humana en que libremente conjugamos inteligencia y voluntad y que fueron estudiados en el tema 3-UD 2 convierten el actuar humano en un quehacer moral. Contamos con elementos para poder discernir entre el bien y el mal con acierto.

La conciencia moral

Los hombres tenemos conciencia moral, no solo psicológica. Conciencia es la capacidad de juzgar la moralidad de la conducta humana propia y ajena, el bien y el mal. No juzgamos con ella el bien o mal técnico o deportivo —si es un buen ingeniero o un mal futbolista— sino el bien y mal moral que afectan a la persona en su profundidad y por los que decimos: eres buena persona o no. Hay acciones que afectan a la persona superficialmente —lavarse las manos afecta a la exterioridad de las manos— pero hay otras —como mentir, traicionar, perdonar o amar— que afectan a la interioridad. Espontáneamente las personas nos damos cuenta de ello, así la modelo Valeria Mazza al ser preguntada si había rechazado algún trabajo dijo: "Sí. Nunca hice un desnudo ni pasé ropa transparente. Al principio me costaba mucho negarme, porque lo que quieres es trabajar, pero me daba cuenta de que eso afectaría seriamente a mi personalidad".

Obrar en conciencia significa seguir esa verdad que suena en nuestro interior y que en el fondo tiene su origen en Dios. Obrar en conciencia no tiene el sentido superficial y vano de guiarse por el hacer lo que me gusta o apetece en cada momento, tan frecuente en el uso popular, como si fuésemos relativistas. Lo normal es que todos nos preguntemos por el bien y el mal y discutamos sobre ellos, lo cual manifiesta que pensamos que son objetivos y universales, pues si no ni siquiera entablaríamos ese diálogo, esperamos tener razón sobre lo que es bueno y lo que no. La entrega del padre Kolbe para sustituir a ese padre de familia es una acción de valor universal, que suscita la admiración en todos, aunque el papá hubiese muerto al día siguiente; hay valor absoluto, objetividad, universalidad y la conciencia moral nos lo dice, lo experimentamos así.

(TA) Sostener el relativismo moral absoluto con convencimiento es posible solo cuando faltan experiencias morales básicas, o si alguien por su educación no ha tenido la posibilidad de esa experiencia moral, p. e. la experiencia de que es malo matar al inocente o pegar a su propia madre. Incluso cuando comparamos valoraciones morales diversas entre culturas las diferencias llaman la atención precisamente porque hay más coincidencias que diferencias. Incluso la tolerancia ante las posturas diversas se funda en una noción de persona que pide respeto, sino se caería en el absurdo de una tolerancia indefinida, el respeto es valor universal. La conciencia supera el relativismo.

Quien obra en conciencia puede tener que afrontar riesgos, persecuciones e incluso la muerte, pero tan alto es el origen de la conciencia que empuja con fuerza. Gandhi cuenta que cuando faltaba a la ley vigente en la India no lo hacía por desobedecer a la autoridad británica, sino por seguir la ley más honda de la conciencia. Todos conocemos el drama de Sto. Tomás Moro, y como afrontó su injusta ejecución por obrar en todo momento en conciencia, conciencia que sabía lugar de encuentro con Dios.

Es verdad que: "Tener conciencia es el signo más terminante de la persona" (R. Spaemann), pues en ella Dios es la instancia de responsabilidad primera; sin Él no experimentaríamos la obligación ni podríamos descargarnos en conciencia, pues si fuésemos nosotros mismos la instancia primera no experimentaríamos la fuerza y peso de la conciencia y recaería sobre nosotros toda la carga del legislador absoluto. Esta vinculación de la conciencia personal con Dios nos libra de todo individualismo egocéntrico y nos muestra hasta qué punto tenemos la responsabilidad de nosotros mismos.

> (TA) La conciencia es una forma de experiencia de sí: me experimento como moral y responsable. Actúo en conciencia cuando asumo que esta acción mía cae o no bajo esta regla —así cuando David reconoce su culpa ante el profeta Natán reconoce que su acción no respetó una ley superior—. Cuando hacemos esto no estamos deduciendo casos dentro de una regla, no es cuestión de razonamientos, sino que la conciencia actúa como instancia absoluta ya que yo soy responsable de meter mi obra en la regla. La conciencia me hace responsable. La conciencia es a la vez voz de ningún sitio —independiente, objetiva, trascendente—, voz de Dios y voz de la propia razón.

La conciencia moral está iluminada por la luz de la ley natural y de los primeros principios morales, desde donde cada persona va justificando sus obras y su vida. Tampoco podemos olvidar que la conciencia ha de ser cuidada, formada y reforzada por una vida coherente. Es así como percibimos los valores con su objetividad y fuerza de atracción.

> (TA) Una conciencia errónea, aunque no tenga la culpa de su error, no es una conciencia tranquila, pues al descubrir el mal que hacía antes me siento culpable de mi ignorancia previa: la misma conciencia pide verdad y formación. Además, la ética estudia las fuentes de moralidad de la acción que de modo connatural la conciencia usa en nuestra vida ordinaria: el objeto de la acción en sí, su fin propio y objetivo, la intención subjetiva y las circunstancias, con ello sabemos cómo podemos actuar bien. La acción moral hace entrar en juego la verdad de los bienes, la verdad de la acción y la verdad de la persona.

Pero a pesar de la conciencia y su capacidad de verdad, a pesar de todos los valores, los hombres actuamos el mal. ¿Por qué? Es parte del misterio de nuestra libertad.

Libre elección del mal

Nuestra libertad hace que podamos elegir lo que es malo que siempre bajo algún aspecto nos resulta bueno y apetecible. Podemos autodeterminarnos al mal aún a sabiendas de que es mal y de que a la larga produce infelicidad. El pecado[79] como experiencia personal de la carne que somos es una realidad ineludible que no puede escamotearse en la búsqueda del quién soy.

79. Usamos 'pecado' sin entrar en su sentido estrictamente teológico de aversión a Dios y pérdida de su amistad y gracia.

Las facultades de nuestra naturaleza nos capacitan para un actuar libre, orientado al bien y la verdad. El conjugarse entre voluntad e inteligencia (sin olvidar la afectividad) nos mostraron de qué modo nuestra apertura nos hace responsables y señores de nuestro actuar. Somos de tal manera que actuar bien depende de nosotros mismos, no hay un mecanismo biológico, ni racional, ni espiritual que determine y fabrique obras buenas. No basta con saber lo que está bien como el intelectualismo socrático pensaba con excesivo optimismo, de modo que, rellenado el saber, se fabricarían obras justas. Es verdad que en nuestras acciones hay un componente de fragilidad, de fallo (falibilidad), a veces podemos actuar mal por falta de conocimiento, por violencia externa, por presión, etc. Pero esos actos no son del todo nuestros, en ellos no reside el mal en cuanto tal; aunque objetivamente sean malos no somos responsables de ellos. Elegir el mal no consiste en errar, aunque elegir el mal sea uno de los mayores errores de la vida. La persona otorga poder al mal con su libre elección, se decide por el mal, hace real el mal, aunque sea en vistas a algo bueno que le parece más importante, pues al optar contra el orden de los bienes y el orden del amor se fractura y fractura el mundo (S. Agustín y M. Scheler). La conciencia no deja de denunciar la realidad de nuestras decisiones por el mal.

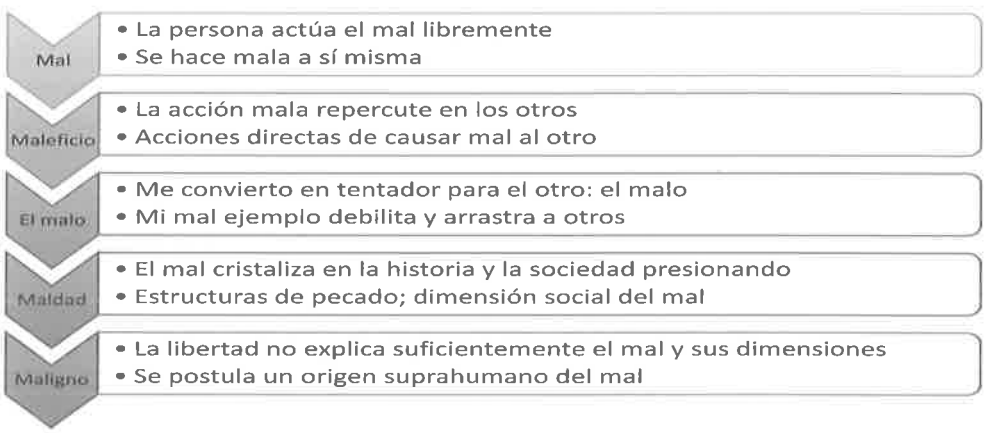
Dimensiones del mal

Más allá de cada elección concreta por el mal, más o menos expresa, cuando la persona elige el mal ocurren varias cosas:

1. La persona se hace así misma moralmente **mala**, se quiere como actuante del mal, atenta contra su dignidad moral (cf. T.1-UD2) y debilita su libertad (cf. T.3-UD2).

2. En cuanto que el mal daña a los demás hombres —unas veces directamente, otras indirectamente por la vinculación esencial con todos los hombres— el mal reviste la forma del **maleficio** (causar mal), nos hacemos maléficos para los demás, para la sociedad y para el mundo (piénsese también en el daño que podemos infringir al planeta y la acuciante cuestión ecológica).

3. También nuestra acción puede empujar a otros hacia el mal, inducir, atraer, seducir, debilitar, etc. Cuanto más fuerte sea ese influjo interpersonal hacia el mal nos convertimos en '**el malo**' para el otro, en el tentador que les hace malos, incluso de forma intencionada. La complicidad anónima es muchas veces una forma de esta dimensión del mal.



4. Nuestras acciones malas junto a las de los demás se depositan en las estructuras sociales y en la historia produciendo la presencia de un vector de **maldad** historia que presiona sobre todos. En teología, Juan Pablo II lo denominó 'estructuras de pecado'[80], que resultan difíciles de transformar.

5. Algunos pensadores se percatan del carácter tremendo que el mal cobra, adquiriendo dimensiones suprahumanas, lo que les lleva a hablar del misterio de la **malignidad** e incluso del Maligno, bien en clave impersonal, bien en conexión con la revelación cristiana y el tentador. Esta verdad para el creyente aparece en el relato de la Caída, cuando el hombre se decide por el mal inducido por el maligno, no a iniciativa propia.

¿Por qué hacemos el mal?

La reflexión sobre el mal —sin olvidar el descubrimiento de la libertad como una libertad para el amor— nos han mostrado cómo es posible que el hombre elija el mal desde la indeterminación de la voluntad y el hecho de que todo cuanto es real en algún sentido sea también bueno y merecedor de amor.

Sin embargo, la dimensión del mal que descubrimos en la historia, especialmente visibilizado en el s. XX —dos guerras mundiales, holocausto, gulags, campos de exterminio, aborto, hambres, terrorismo, explotación de personas— y la lucha del hombre contra el mal en su interior tantas veces impotente—hago el mal que no quiero, S. Pablo—, muestran una desproporción asombrosa entre nuestro poder y el poder del mal, que apunta a un misterio inexplicado: ¿de dónde tanto mal y tan poderoso?, ¿sólo del hombre?

Los filósofos han intentado responder por varios caminos.

1. Un intento de respuesta es la ignorancia, el mal se reduce a error, tremendo error, pero tiene cura: educación, ilustración, superar la ignorancia. Sócrates, la Ilustración en su mayoría, la *New Age* en cuanto gnosis y el Transhumanismo, cada uno a su modo piensan que, con más ciencia, más educación el mal se acaba y el hombre con la sociedad se transforman a mejor. Es evidente que una educación personalista honda y seria es imprescindible y siempre de gran ayuda, no debemos descuidarla nunca. Es cierto que si el hombre conoce la verdad y el bien será más difícil que hagamos el mal, pero tenemos experiencia de que hacemos el mal aun cuando sabemos que es mal. Además, no basta con decir que, en el fondo, no sabemos del todo lo malo que es el mal que elegimos pues si lo supiéramos no lo haríamos. Al creer eso estaríamos condenando al hombre al infantilismo permanente o negando la realidad de nuestra libertad; con lo cual abandonaríamos la responsabilidad de mejorarnos y mejorar el mundo.

2. Otra vía ha consistido en atribuir el mal a las estructuras e instituciones sociales con un poder mayor que el individuo. El hombre es bueno por naturaleza, pero la sociedad lo hace malo. En esta idea se basa el sistema penitencial español para buscar la reinserción de los penados. También Rousseau, —recuérdese el Emilio— piensa que la sociedad urbana corrompe al hombre. El marxismo

80. Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis* (Roma 1987).

desde su lectura dialéctica y conflictiva de la historia a base de leyes deterministas también podría situarse en esta posición por pensar que el hombre actúa mal debido a la clase a la que pertenece por la que queda imbuido de las ideologías y valores correspondientes que le pueden llevar a explotar al prójimo, p. e. La verdad de la vivencia del mal y su peso social ha sido puesta de relieve por R. Girard y su tesis del mecanismo sociológico del 'chivo expiatorio' por el que los hombres buscamos culpables en los que pagamos las injusticias sufridas —aunque el que pague sea inocente de mi mal le hago pagar pues algo malo habrá hecho—, esta tesis ilumina ciertos movimientos culturales y sociales de culpabilización y violencia, también sirve para estudiar el trato que recibe la Iglesia en Occidente; pero no llega hasta el fondo antropológico último del mal.

(TA) En el momento presente nos encontramos con que el pecado, en su acepción estrictamente ética, se explica desde parámetros insuficientes. Por un lado, se identifica el pecado con la falibilidad de la naturaleza humana, se trataría de algo natural, algo inevitable. Por otro lado, nos encontramos con los herederos del pensamiento ilustrado de Rousseau. Para este pensador que socializa al extremo el intelectualismo característico de la tradición socrática, la culpa de que el hombre peque reside en la sociedad, la cual pervierte su natural inclinación al bien haciéndolo malo; una adecuada educación permitiría construir hombres nuevos capaces de vivir y edificar una sociedad justa. Como podemos apreciar en el Emilio. Se elimina así, la responsabilidad personal en la prosecución de la propia perfección y la mejora de la sociedad, la culpa es siempre de los otros, del colectivo, que como por una especie de contagio, al modo del mal ejemplo que sostenían los pelagianos, hacen al hombre malo. Pero al final no se da respuesta por no haber metafísica. Se va trasladando el problema sin solucionarlo con la regresión histórica, se seculariza la Escritura, y se forman equilibrios inestables y poco creíbles que intentan cubrir el auténtico problema: ¿por qué la injusticia?

3. En tercer lugar se puede admitir el mal como componente del hombre, como parte de su naturaleza. Es lo que hizo Hobbes en el *Leviatán*: el hombre es lobo para el hombre, dar carta de naturaleza al mal. También sería una interpretación naturalista la que ofrece Nietzsche: El mal debe perder el nombre de mal, ya que el hombre nuevo es creador de valores; en el fondo el pecado es una debilidad que el cristianismo ha introducido en la historia, un recurso teológico interesado. La voluntad de poder del superhombre queda consagrada como único criterio de verdad y de actuación. La idea de fondo es la misma: el mal pertenece a la naturaleza, se identifica con la naturaleza, por lo tanto, para Nietzsche no debería ser malo, pues no se puede llamar mal a aquello que es natural, este error debe ser corregido. Como no puedes con tu enemigo únete a él, parecen sugerir, lo que hay es lo que hay, pero aquí no hay esperanza.

4. Otros pensadores buscan el remiten a una caída originaria: Platón es de una agudeza increíble. Kant propone que ésta consiste en el 'mal radical': cuando el hombre renuncia a su humanidad dejando de ejercer su responsabilidad ética, el mal originario no es tanto una falta contra un mandato como el no vivir la exigencia de moralidad deshumanizándose. En su línea encontramos la respuesta de H. Arendt en su reflexión sobre el porqué del poder terrible del nazismo que utilizó la colaboración de hombres cultos y honorables: la banalidad del mal, el mal es terrible porque el hombre puede esconderse de su responsabilidad banalizando aspectos y consecuencias de sus actos, reduciendo su conducta personal a un cumplimiento funcional de deberes externos que le aíslan de su papel en la historia y de las auténticas consecuencias de su acción. En su teoría influyó su

maestro Heidegger quien habló de la caída del hombre en un estado de inautenticidad del que debería escapar. ¿Se podría incluir aquí la filosofía del hombre falible del gran pensador protestante P. Ricoeur o más bien en el punto 3? Se trata de grandes intentos que sin embargo tan solo rozan las puertas de un misterio que sobrepasa: cómo el mal sobrepasa en sus efectos y origen al hombre. La mayoría además no ofrecen una salida esperanzada ni al hombre individual ni a la humanidad.

5. La sabiduría teológica, aún con sus grandes diferencias —judíos (pecado original), catolicismo (naturaleza humana herida), protestantismo (naturaleza corrompida)— ofrecen una respuesta coherente con el interrogante que percibe la razón: en el origen hay, junto a la libertad del hombre, un tentador que explica la tensión antropológica y social ante la desproporción del mal. Además, la oferta de sentido del cristianismo muestra un Dios que abraza en su seno, venciéndolo, el dolor y el mal —en toda su particularidad y universalidad: todos y cada uno de los dolores y males— en la Pasión y Resurrección de Cristo.

CONCLUSIÓN

Pensar el misterio del mal que hacemos y el dolor que sufrimos pide acoger todo su dramatismo, afectando a todas y a toda la persona. Una auténtica filosofía del dolor, del sufrimiento y de la injusticia sólo se puede plantear con rigor si se consideran sus dimensiones antropológicas profundas. Debemos situar el problema del mal dentro de la dinámica de plenitud de la persona que incluye la dimensión corpórea, la dimensión interpersonal y la dimensión trascendente, considerando la historicidad y socialidad. El mal afecta a todas ellas y pone a la persona ante su limitación y su miseria. El hombre que está constitutivamente necesitado de los demás y de Dios (cf. tema 1-UD2) además se descubre incapaz de vencer con sus solas fuerzas el mal que experimenta y que le sobrepasa por tantos lados. La antropología filosófica permite superar diferentes formas de falso optimismo que la filosofía ha elaborado, esos buenismos que cierran el hombre sobre sí mismo y sus solas fuerzas, se trata del relativismo, del culturalismo o del pedagogismo, para vencer el mal.

Ante el misterio del mal, la filosofía queda en un estado de apertura direccional, la docta ignorancia le lleva a decir: no sé de dónde ni cómo vencerlo, pero al menos puedo entrever por dónde puede venir su causa primera y de qué tipo de acción puede venir la superación. Esto permite discernir entre las respuestas que el pensamiento y las religiones ofrecen cuáles responden mejor a la verdad del hombre. La reflexión sobre el mal conduce a una razón en apertura modulada, predispuesta, para acoger sólo aquella respuesta que

calme auténticamente su sed. El hombre aparece con su dimensión intersubjetiva y teologal en la búsqueda de plenitud necesitado de redención. La carne se descubre no solo limitada sino capaz con su libertad de destruir y destruirse, pecadora y deseosa de liberarse del pecado, deseosa pero incapaz por sí sola. De nuevo aparece una apertura direccionada que en reflexión teologal remite al acontecimiento de la Encarnación y de la Cruz. Esta reflexión antropológica se complementa con la aportación de la metafísica en su apartado de Teodicea, dónde el mal físico, como el que ocurre en las grandes catástrofes, pone la pregunta desde el valor inconmensurable de la persona ante la noción de Dios que el filósofo alcanza. A esa asignatura me remito en la que también se apunta a un Dios capaz de abrazar el mal y vencerlo en coherencia con la experiencia de la Cruz.

El estudio de la felicidad, del dolor y del mal requieren ser vistos también en conexión con la dimensión interpersonal y social de la persona humana. No puedo ser feliz aislado y sin trascendencia, mi dolor puede transformarse en ocasión de amar y puede vivirse mejor si estoy adecuadamente acompañado, la dinámica del mal que influye en los demás también es más fácilmente superada si vivimos en familia y sociedad de modo ético y constructivo. Por eso los dos temas siguientes los dedicamos al estudio de la familia y la sociedad.

Ejercicios de autocomprobación

I. Lea las siguientes afirmaciones e indique si son verdaderas (V) o falsas (F):

1. Todo hombre tiene una vocación a su plenitud y felicidad..... V F
2. La felicidad se consigue siempre independientemente de la vía elegida..... V F
3. El hecho de elegir una vía de felicidad convierte esa vía en auténtica fuente de felicidad..... V F
4. La realización del hombre está abierta a múltiples posibilidades creativas y libres..... V F
5. La realización de cada persona está predeterminada por Dios..... V F
6. El hombre es responsable de cumplir con exactitud un plan predeterminado para él..... V F
7. El hombre es responsable de elegir bien y de abrir nuevas posibilidades de auténtica realización..... V F
8. La acción de Dios es motivo de esperanza en el cumplimiento de nuestros proyectos..... V F

9. Uno de los motivos por el que el hombre hace el mal está en la sociedad y sus estructuras que lo corrompen..... V F

10. La responsabilidad del hombre ante el mal y su felicidad nunca es imputable pues hay muchos factores que lo eximen..... V F

2. *Lea las siguientes afirmaciones e indique si son verdaderas (V) o falsas (F):*

1. La calidad de vida es valor suficiente para articular la felicidad y la convivencia..... V F

2. El dolor es un bien que hay que buscar para madurar..... V F

3. Sufrir por amor convierte el dolor en sacrificio y le dota de sentido..... V F

4. El dolor se explica suficientemente por la razón..... V F

5. Ofrecer los dolores con Cristo es lo mismo que resignarse ante el dolor. V F

6. La visión técnica del dolor como algo que hay que aniquilar es suficiente para el hombre..... V F

7. La huida del dolor como actitud permanente conduce al hombre a su madurez..... V F

8. La razón por la que hacemos el mal está en el error, si realmente supiéramos lo que es no lo haríamos..... V F

9. Hacer el mal es algo natural, equivale a la limitación de nuestra naturaleza. V F

10. La reflexión filosófica sobre el mal se abre con coherencia razonable al misterio de Cristo..... V F

3. *Comentario de texto (TA):*

Desde estos párrafos sobre Platón escriba unas líneas con su opinión personal sobre el origen del mal articulando la visión filosófica con la teológica. ¿Logra Platón explicar el origen el mal?, ¿por qué?

Es de mucho interés ver cómo un filósofo nada afectado por dogmas religiosos, como es Platón, se pregunta de manera reiterada por el origen del mal. Una primera visión superficial de la filosofía platónica tiende a interpretar la materia, indefinida y amorfa, como la causa del mal. De ahí esa visión popularizada, y ¿cómo no? errónea, de que el hombre por estar prisionero de su cuerpo está limitado y casi predeterminado a obrar el mal. Una vida ascética y filosófica que busque con sinceridad y honestidad la verdad de manera perseverante sería el camino que liberaría al hombre de la prisión de la carne que le permitiría elevarse, cual ángel, a su verdadera naturaleza libre de toda inclinación maligna. Sin embargo, Platón, que no es tan simple, afina muchísimo más. Aunque la materia es el grado ínfimo de los seres y que caer al mundo material es algo negativo y accidental, un castigo. Pero ahí está la paradoja de Platón. ¿Por qué el hombre cae en el cuerpo?

Evidentemente el origen del mal no puede residir en la materia de la cual estaba libre el ser humano antes de la caída. El 'Mito de Er' y la metáfora del 'Carro alado' intentan responder a esta pregunta. Y curiosamente, como puede verse en el *Fedro*, Platón afina muchísimo en su análisis de la culpa de la persona. En un primer momento señala cómo el caballo negro, esa parte del alma que refleja el apetito concupiscible y que sería puramente espiritual —pues pertenece a la esencia o idea de alma que es de naturaleza cuasi divina— contiene elementos negativos que es necesario moderar mediante el ejercicio de la ascesis. Fijémonos en este detalle: ni siquiera el apetito concupiscible es malo por naturaleza, Platón considera bueno al caballo negro, bueno y necesario, eso sí: contiene 'algún elemento negativo'. Luego la raíz del mal se encontraría ya en un elemento espiritual de los que componen el alma humana.

En una segunda reflexión Platón muestra cómo el auriga —la prudencia— no está predeterminado a dejarse llevar por los elementos negativos del caballo negro y ser arrastrado hacia el mundo de la materia, salvo que no actúe con todo su vigor. En última instancia, es toda el alma la que, por dejadez y falta de ejercitación, es responsable de que aquellos misteriosos elementos negativos arrastren el alma al mundo corpóreo deshaciendo su armonía y orden interior. Esto encajaría muy bien con la noción de desorden de S. Agustín.

Quizá sea éste uno de los momentos filosóficos en los que el carácter espiritual del hombre y su libertad quedan mejor reflejados dentro del pensamiento platónico. Lo que conocemos del pensamiento socrático queda ampliamente superado por la reflexión de su discípulo. Ya no se trata sólo de una cuestión de saber, indudablemente necesaria para obrar el bien, sino cuestión de *eros*, de amor, de ejercicio de la voluntad de la prosecución de la sabiduría y la plenitud del alma. Platón en este mito no es capaz de llegar más lejos, pero al menos ha constatado como elemento constitutivo del alma humana el misterio del mal.

Por otro lado, nos encontramos con el mito del 'hombre esférico' recogido en el *Banquete*. Este peculiar "mito" —que Pieper une con la hipótesis de una memoria de la revelación natural, en el sentido de memoria colectiva de la humanidad de su situación primitiva y originaria respecto a Dios— intenta dar un paso más allá en la investigación sobre el origen del mal, no solo de la sexualidad humana. Aparece el hombre real y actual como alguien incompleto, esencialmente necesitado de la plenitud debido al castigo de los dioses que lo han partido por la mitad. El estado actual de "caído" en que el hombre se encuentra se corresponde con una culpa originaria y con el castigo los dioses del Olimpo infringen al hombre. Y ¿cuál fue esa culpa originaria? La respuesta del mito platónico no deja de sorprendernos: el hombre engreído en su perfección aspiraría a destronar a los dioses de su puesto supremo en el Olimpo. Pero Platón deja abierta otra posibilidad: son los dioses quienes se asustarían del poder de los hombres y los dividirían preventivamente para evitar su rebelión. ¿Por qué?

Platón individúa cada uno de los elementos que juegan en el misterio del mal: la culpa y la limitación, lo que es de la materia (castigo) y lo que es del alma, la responsabilidad del hombre y la paradoja de que hay una herida interior impuesta desde fuera al hombre. Platón establece el marco afinando mucho pero no logra la solución. El filósofo Platón debe reconocer que el mal como posibilidad se encuentra inscrito en su propia naturaleza o interior. No se debe a algo exterior que lo arrastre y determine, tiene su origen en él mismo, en su libertad. Por eso Platón no deja de considerar el mal como algo constitutivo de la naturaleza humana, no supera del todo el naturalismo. Pero Platón conserva la tensión de la paradoja, el hombre experimenta ese mal, esa inclinación al mal, como algo que no le es propio, como algo de lo que desea liberarse, como algo que le impide ser en plenitud, como algo que quizás venga inducido desde fuera.

LECTURAS RECOMENDADAS:

Básica:

J. R. AYLLÓN, *Antropología paso a paso*, 69-90 (c. 4 La conducta ética).

De ampliación:

G. AMENGUAL, *Antropología Filosófica* (BAC, Madrid 2007) 383-436 (c. 15 El mal, c. 16 La caída y c. 17 La culpa).

L. POLO, *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo* (Rialp, Madrid 1998) 102-126 (c. 6, La ética).

C. VALVERDE, *Antropología Filosófica*, 243-254 (c. 8 § 1-2).

De investigación:

CONFUCIO, *Los cuatro libros* (Paidós, Barcelona 2002).

A. FRANK, *Diario* (Plaza y Janes, Barcelona 1988).

V. FRANKL, *El hombre doliente* (Herder, Barcelona 1987).

C. S. LEWIS, *El problema del dolor* (Rialp, Madrid 1994).

R. SPAEMANN, "El sentido del sufrimiento", *Atlántida* 15 (1993) 322-332.

R. YEPES STORK, *Fundamentos de antropología. Un ideal de la excelencia humana* (Eunsa, Pamplona 1977) 439-465 (c. 16).

Desde la Iglesia:

JUAN PABLO II, *Salvifici Doloris*, Roma 1984.
http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/hlthwork/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris_sp.html

